

## LIBROS

### La voz de los mitos

Quisiera que esta nota se leyese, en cierto modo, como prolongación de la que hice en estas mismas páginas sobre la doctrina de cierto Gurú. En una época de cientifismo obtuso como la que todavía disfrutamos, la crítica de un determinado subproducto espiritual puede confundirse con la denuncia de todo el amplio ámbito de la experiencia religiosa o de la visión mística. De poco sirven a sus objetivos iniciáticos esas «bellas almas» débiles que proclaman los derechos de lo irracional y palpitan en lánguido desvarío a la sombra de los engranajes: esto condena a la superfluidad a buena parte de los blandos budismos, magicismos y cristofanías contemporáneas. Mientras la razón sea dureza, exigencia, renuncia a la autocomplacencia, rechazo del colorín, ningún espíritu libre tiene derecho a ser irracional. Llevan razón los «ultras» cuando denuncian «Godspell» por irreverente: lo es, ciertamente, no para con la divinidad de un Cristo al que no alude, sino para con la tragedia forzada de los hombres. Pero precisamente cabe reivindicar que la razón es algo mucho más rico y complejo de lo que suponen los racionalistas: frente a quienes se parapetan en la mitología de la razón, cuadra esgrimir la razón de la mitología. El racionalismo cientifista busca la reconciliación inmediata del pensamiento y su final feliz, el progreso: hay que enseñarle a perder, a perderse, sin dejar de ser racionalismo. ¡Ay, Razón Soberana! ¿Cuándo renunciarás al poder?

Los libros de Mircea Eliade son particular-

mente importantes para la adquisición de una espiritualidad vertebrada, lejos de irracionales tartas de crema. El que hoy comentamos (1), con motivo de su segunda edición, tiene el interés suplementario de iniciarse con unas páginas sobre la función del simbolismo, que, en cierta medida, pueden servir de introducción a todo el proyecto intelectual del admirable investigador rumano. Fue Ernest Cassirer, la fecundidad de cuyos caminos vamos aprendiendo hoy a valorar, quien inició en este siglo el estudio sistemático de una **razón simbólica**. Las aportaciones etnológicas de Frazer y las del psicoanálisis posibilitaron el acceso a materiales antes inalcanzables, que configuraron la radical importancia de los símbolos en la constitución del pensamiento. En lo tocante a la interpretación de tales símbolos, el cientifismo reduccionista de Frazer y Freud les jugó malas pasadas a la hora de dar cuenta de sus hallazgos. Los mitos quedaban reducidos a balbuceos precientíficos de salvajes incapaces de explicar los fenómenos naturales (Frazer) o a sublimaciones colectivas de las pulsiones conflictivamente reprimidas por el tabú del incesto (Freud). Relacionando el simbolismo de la mitología con las estructuras lingüísticas, Cassirer dio un paso muy importante en una dirección más fecunda, aunque no exenta de peligros de esclerosis y mecanización, como prueba la obra de Lévi-Strauss. Mircea Eliade ha sufrido la influencia de Jung, que se mostró más sensible a la raíz de lo mítico que Freud; la teoría junguiana de los arquetipos, especie de temas anclados en el inconsciente que retornan una y otra vez en los mitos, los sueños y los delirios, y que parecen ser el reflejo psíquico de la realidad más radical, o, mejor, la realidad más radical de lo psíquico, se ha visto confirmada por las

(1) *Imágenes y símbolos*, Mircea Eliade. Ed. Taurus.

aportaciones documentales de Eliade. Las imágenes de la razón simbólica no se agotan en sus alusiones a una hipotética «realidad concreta», pues también engloban las interpretaciones de lo concreto como manifestaciones de lo trascendente y todos los aspectos contradictorios, pero simultáneos, que encierran dichas manifestaciones. Es la necesidad de superar la lógica binaria —verdadero/falso— del lenguaje lo que hace al hombre recurrir a la imagen simbólica; en contra de lo que soñaron —y sueñan— los positivistas, los símbolos nunca serán plenamente «traducidos» a lenguaje científico y explicados, por la sencilla razón de que **no hay nada que explicar en ellos**: no transmiten un contenido, sino que expresan una realidad. Y esa realidad es tan compleja, tan amenazadora, que no sabría ser expresada de otro modo. Expulsar a las imágenes del reino de la razón supone mutilar a ésta de su faceta más profunda; admitir que la razón es discursiva y simbólica, utilitaria y mítica, nos obliga a admitir al enemigo en casa. Confortable verdad controlada, que nunca bajas más que hasta donde es útil bajar, adiós.

En *Imágenes y símbolos*, Eliade trata diversos temas mágico-míticos, entre los que destacan por su interés y profundidad el referente al simbolismo del «Centro» y el que versa sobre los mitos indios del tiempo y la eternidad. En el primer caso, Eliade parte de esta idea: «Todo microcosmos, toda región habitada, tiene lo que podría llamarse un "Centro", es decir, un lugar sagrado por excelencia». Según casi todos los mitos, en este «Centro» se halla una montaña, un árbol o un pilar que une las tres zonas cósmicas: Cielo, Tierra e Infierno. Situándose en ese «Centro», que frecuentemente debe ser conquistado con esfuerzo, pasando por diversas pruebas iniciáticas, el hombre puede ascender o bajar a los otros niveles có-

smicos, en pos de la inmortalidad, para rescatar a una mujer amada (Orfeo) o a la Humanidad toda (Cristo). El «Centro», por otro lado, es juntamente lo inaccesible y lo próximo: el itinerario que conduce a él se halla sembrado de terribles obstáculos, y, no obstante, cada ciudad, cada templo, cada habitación se hallan en el centro del Universo. Respecto a los simbolismos indios del tiempo y la eternidad, Eliade contraponen el tiempo mítico o sagrado al tiempo profano. En este último, continuo e irreversible, se da nuestra existencia cotidiana, con cuyas limitadas peculiaridades confundimos a la realidad toda. Creemos ser o poseer lo que nuestro carnet de identidad o nuestras escrituras de propiedad nos otorgan. Pero la recitación periódica de los mitos rompe los muros alzados por las ilusiones de la existencia profana y nos devuelve a ese «momento favorable» del origen, al punto de la «iluminación instantánea», en que el tiempo disuelve su curso en una plenitud de sentido.

Las minuciosas aportaciones documentales de Eliade brindan un inestimable material a la reflexión. No se trata de «creer» en doctrinas más o menos esotéricas y sugerentes, sino de devolver a nuestro

pensamiento su polifacetismo, perdido en aras del monoteísmo científico. Ningún libro, ningún maestro, ningún conocimiento completo y definitivo, pero ciertos libros, ciertos maestros, ayudan a permanecer alerta. Y eso es importante, porque «quizá la muerte no es más que el resultado de nuestra indiferencia ante la inmortalidad». ■ **FERNANDO SAVATER.**

### «El escándalo Watergate»

Carl Bernstein y Bob Woodward, reporteros del «Post», de Washington, recibieron el 17 de junio de 1972 —un sábado por la mañana— un encargo que les pareció de rutina. Cinco hombres habían sido detenidos en el cuartel general del Partido Demócrata; habían entrado ilegalmente con el propósito aparente de espíar. Ninguno de los dos recibió el encargo con entusiasmo. Sus aspiraciones estaban por encima de estas pequeñas misiones. A Woodward le gustaba escribir artículos largos y polémicos sobre los washingtonianos y sus costumbres; Bernstein quería ser crítico de música. Tampoco les gustaba colaborar juntos. Tenían algunos prejuicios el uno contra el otro. Pero comenzaron a cubrir su encargo, y se

dirigieron al complejo arquitectónico conocido con el nombre de Watergate. Entre los dos iban a hacer que aquel nombre se hiciese famoso en el mundo entero, y que el caso terminase con la dimisión del Presidente de los Estados Unidos. Todo el país se conmovería con sus hallazgos informativos; todo el gran periódico al que pertenecían estaría al servicio de su información.

Bernstein y Woodward escribieron un libro sobre el caso; no sólo sobre el caso, sino sobre ellos mismos investigando el caso. Es apasionante. Un gran reportaje político es un género que se ha cultivado en los Estados Unidos mejor que en ningún otro lugar del mundo: este libro figurará siempre entre los mejores.

Su título original es «All the president's men»; está tomado de «Alicia», de Lewis Carroll, de la triste historia de Humpty Dumpty, el hombre-huevo que se balancea en el filo de una alta tapia: si llegara a caerse, se estrellaría y «all the king's men» —todos los hombres del Rey— no serían suficientes ni capaces para recomponerlo. Nixon cayó de la tapia de la Casa Blanca, y todos los hombres del Presidente no han podido soldar sus pedazos... Porque los hombres del

